

Una más y van...

Se está realizando en Buenos Aires la 10ª Conferencia de Partes sobre el Convenio Marco para tomar medidas para disminuir la emisión de gases de efecto invernadero que provocan el aumento de la temperatura del planeta, aprobado en la Cumbre de la Tierra (ECO 92) organizada por las Naciones Unidas, que se realizó en Río de Janeiro en 1992. Desde entonces, cuando los países llamados “desarrollados” no tuvieron más remedio que admitir que el calentamiento era real, que había responsables, y que los efectos se pronosticaban desastrosos sin distinguir entre Primer y Tercer Mundo, y a partir de la Conferencia de Berlín de 1995, se han realizado, con la actual, 10 conferencias mundiales. Que por los resultados obtenidos uno se pregunta si no son en realidad un pretexto para hacer turismo de los miles de delegados que se reúnen (en la de Buenos Aires, alrededor de 6000).

Es que los grandes contaminantes, los del Primer Mundo, a cuya cabeza y con gran ventaja se hallan los EEUU, realmente sólo quieren dilatar la cuestión. La parte más grande de los gases que provocan el llamado “efecto invernadero” provienen de la quema de los derivados del petróleo y otros combustibles fósiles. Y entonces se les plantea el dilema, para ellos imposible de resolver, de cambiar las bases de la economía capitalista.

En eso los yanquis son claros: no están dispuestos a tomar medidas que afecten su economía, cualesquiera sean las consecuencias para los demás. Y no vayamos a personalizar en Bush, que públicamente se niega a ratificar el Protocolo aprobado en la 3ª Conferencia de 1997 en Kyoto. Porque ya Clinton 2 años antes en Berlín había determinado el aplazamiento de cualquier medida hasta 1997 (y eso que su vice, Al Gore, se proclama ecologista). O sea que es una política de Estado, la misma que los une para invadir y ocupar Irak a sangre y fuego para apoderarse de lo que queda de las reservas de petróleo del mundo.

Es que la ecología tomada en serio es esencialmente anticapitalista. El capitalismo y su paradigmática “sociedad de consumo” son incompatibles con la conservación del ambiente para sostener la vida humana.

Por ejemplo, las consecuencias del aumento de la temperatura de la atmósfera ya se manifiestan en forma de catástrofes: desplazamiento de los trópicos hacia los polos, derretimiento de glaciares y hielos polares, grandes inundaciones, aumento de la cantidad e intensidad de huracanes, tifones y tornados, presencia de enfermedades tropicales en zonas antes templadas. Y la pronosticada y temida elevación del nivel del mar por derretimiento de los hielos. Como para demostrarnos la Naturaleza que con ella no se juega, coinciden con la Conferencia de Buenos Aires las grandes lluvias (en cuatro días lo que usualmente todo un año) y posterior inundación en el Chaco, y el derretimiento de los glaciares del Aconcagua porque están produciéndose temperaturas de 20 grados en vez de los menos 10 grados que corresponderían a esta época del año.

Así podríamos agregar la tala de los bosques para convertirlos en ganancia del capital, el adelgazamiento de la capa protectora de ozono, la desertificación progresiva de las tierras fértiles, la contaminación del agua potable, la emisión de

tóxicos industriales, el agotamiento progresivo de los recursos no renovables, el crecimiento exponencial de la basura no degradable ni reciclable.

Pero también forman parte de la crisis ecológica actual el empobrecimiento de las mayorías, el aumento explosivo de la población en las regiones más pobres del mundo, la urbanización sin control en enormes megaciudades generando grandes zonas marginales ocupadas por los expulsados de las zonas rurales huyendo del hambre y la falta de recursos.

Por eso la ecología no es un complemento de la economía, sino que la comprende como un aspecto más de la relación de la humanidad con su medio. Es que la economía clásica hace centro sólo en la producción, su incremento, la creación de riqueza y su reparto. Pero no contabiliza el valor de los recursos naturales no renovables que consume hasta agotar, y los renovables que destruye. O sea que se “come” el capital acumulado en la naturaleza, con cargo a las generaciones futuras que ya no podrán contar con él. Ni suele preguntarse por qué y para qué produce lo que produce.

Es necesario comprender que la lucha ecológica así entendida es una lucha frontal contra el sistema capitalista, el imperialismo y la explotación brutal e indiscriminada del Tercer Mundo. Y que lo que se plantea no es una simple redistribución más justa de la torta económica, si ello significa continuar destruyendo nuestro hogar que es la Tierra. Que es necesario construir un socialismo que vaya más allá, apuntando a un cambio revolucionario de la sociedad humana en todos sus aspectos: económico, sociocultural, político.

El sistema lleva ya más de tres décadas –desde los 70’- sin siquiera comenzar a resolver ninguno de los graves problemas ecológicos que en aquella época fueron reconocidos y planteados. Es incapaz de hacerlo porque no desea autodestruirse, aunque eso signifique un futuro de catástrofes impredecibles. No es posible perder más tiempo en conferencias y reuniones globales de las que sólo salen declaraciones que postulan buenas intenciones, pero sin ningún resultado efectivo.

Es necesario actuar ya activamente. De lo que hagamos o dejemos de hacer depende el futuro de la humanidad, que es el nuestro.

Ing. Eduardo Hernández

12/12/2004